

Clara Porset / Oscar Salinas Flores

Doctor en Arquitectura, Coordinador
de la Maestría en Diseño Industrial,
Facultad de Arquitectura, UNAM

Muebles en varilla y mimbre exhibidos en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.



Los cursos que impartió Clara Porset dejaron honda huella en sus alumnos. Oscar Salinas, autor del libro *Clara Porset: una vida inquieta, una obra singular*, nos habla de su maestra.

Hay profesores que a fuerza de estar presentes durante mucho tiempo e impartir muchos cursos en una institución acaban por ser reconocidos en su labor docente. Pero hay unos pocos que con tan sólo un curso quedan inscritos en la memoria de todos sus alumnos, y la institución que les dio abrigo queda agradecida con ellos a lo largo de toda su historia.

El personaje de quien quiero hablar pertenece a este último grupo, un personaje que con un curso, además optativo, dejó marcadas a más de diez generaciones de diseñadores industriales y generó un movimiento de admiración en lo que fue su querida escuela, aquella carrera de diseño industrial que inició la formación de esta joven disciplina en el seno de la hoy Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Clara Porset, supo entusiasmar a sus estudiantes y generar espontáneos seguidores y admiradores, lo que a la postre le valió múltiples reconocimientos y hoy la ha convertido en figura importante del diseño mexicano.

¿Por qué esa magnífica respuesta de una institución a una profesora de tan escueta participación? Probablemente la respuesta se encuentra en que el curso de Clara Porset fue la culminación de una vida intensa y productiva en el plano profesional de una mujer excepcional. Puedo afirmar que fueron tres las causas que dieron origen a esa posición: su formación académica, su desarrollo cultural y su obra profesional.

Clara, cubana de origen y mexicana por adopción, nació en el ocaso del siglo XIX (1895); cursó sus estudios universitarios en los Estados Unidos de América y en Francia, siempre alrededor de las artes, la creación de espacios habitables, aunque más preocupada en los interiores que en la estructura arquitectónica. Por ello el diseño de mobiliario la fue atrapando poco a poco, hasta hacerla una apasionada que exploró sin limitaciones. Se vio enriquecida con el aprendizaje y las vivencias con importantes personajes de la historia del diseño, ya que supo encontrar la tutela y la amistad de dos exprofesores de la ya mítica escuela alemana de la Bauhaus.

Después de concluir sus estudios universitarios en Nueva York y París, solidificó sus conocimientos colabo-



Clara Porset con el maestro en jefe de su taller.

rando en el estudio del arquitecto Henry Rapin durante un tiempo; todavía insatisfecha con su formación, buscó un acercamiento con la escuela de diseño alemana, que desgraciadamente se precipitaba (1932) en una caída provocada por el creciente poder nazi, que un año más tarde obligaría a su clausura y a la huida de los alumnos y profesores hacia otros países donde los abrigaron y les ofrecieron nuevas fuentes de trabajo. Gracias a ello, y con la recomendación del mismo Walter Gropius, padre espiritual de la Bauhaus desde su fundación hasta su desaparición, Clara Porset parte hacia el Black Mountain College en Carolina del Norte, EUA, donde Josef Albers, exalumno y exprofesor del conocido "Vorkurs", curso introductorio de la Bauhaus, inicia una labor que dejará huella en esta institución formadora de importantes artistas plásticos en los siguientes años. Al estudiar con él, consolida su formación y se introduce en el mundo del diseño industrial, que en combinación con su dominio de las artes plásticas, la arquitectura y el diseño de interiores dará como resultado una mujer profesional —poco común en ese tiempo— de notables valores. Otro prota-



Sillones inspirados en la figurilla totonaca de la siguiente página.

gonista de la Bauhaus llegará a ella de manera incidental: Hannes Meyer, profesor y director de 1928 a 1930, quién llegara por invitación a México años después para dirigir la Escuela de Ingeniería y Arquitectura del nuevo Instituto Politécnico Nacional; su aventura habría de prolongarse a diez años de estancia en nuestro país; en ese lapso la conoció y llegó a cultivar una estrecha amistad con ella.

De los logros profesionales de Clara ya he hablado ampliamente en la biografía publicada por la Facultad de Arquitectura de la UNAM; no obstante, habría que señalar aquí, como una muestra de su destacada labor profesional, el primer lugar y la medalla de oro que recibió en el ya mítico concurso de diseño de muebles del Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1941 y la medalla de plata de la Trienal de Diseño de Milán, Italia, en 1957. Años después fue galardonada y homenajeadada por múltiples organizaciones académicas y gremiales del diseño en nuestro país hasta su retiro de la vida pública para concentrarse en la docencia. Sus premios nacionales e internacionales la ubicaron en las décadas de los cuarenta, cincuenta y parte de los sesenta como la mejor diseñadora de muebles en México, y una colaboradora muy solicitada por los mejores arquitectos mexicanos como Luis Barragán, Juan Sordo Madaleno, Enrique Yáñez, Mario Pani y Max Cetto.

Mujer siempre inquieta, además de sus proyectos, nunca dejó de difundir sus conocimientos, sus ideas, e incluso sus divergencias con un sistema social que no satisfacía las expectativas de los ciudadanos más desprotegidos. Escribió en diversas revistas especializadas en arquitectura, arte y diseño, y fue entrevistada para diversos periódicos de México y otros países, y en todos ellos expresó una madura y profesional opinión sobre las jóvenes profesiones del diseño industrial y el diseño de interiores. En 1952 logró uno de sus más importantes objetivos en la magna exposición titulada "El arte en la vida diaria", expuesta primero en el Palacio de Bellas Artes y después en la naciente Ciudad Universitaria de

la UNAM, que integraba lo mejor del artesanado mexicano con lo mejor de la manufactura industrial orientada a los bienes de consumo dirigidos a la casa habitación. El resultado fue histórico, ya que además de la gran presencia de los ciudadanos en la muestra, y la amplia difusión en los medios impresos, fue un gran estímulo para los jóvenes que se interesaban cada vez más en formarse en la profesión del diseño industrial, aún inexistente en México.

Clara inicia sus actividades como docente en México en 1937, al ser invitada para sustituir temporalmente al inolvidable Carlos Pellicer en su cátedra de Historia del Arte en la UNAM, en la Escuela de Verano fundada gracias al entusiasmo de José Vasconcelos cuando fungía como rector de la institución; posteriormente, gracias a la aceptación que generó, continúa durante varias temporadas, hasta 1948, en un singular curso impartido en inglés y llamado por ella "Mexican Pattern for living and its architectural expression", en el que reflejaba la riqueza cultural de nuestro país, que día con día descubría e integraba a sus reflexiones. Algunos testimonios han dado cuenta de la riqueza de este curso, que introducía a los extranjeros al modo de vida del mexicano y les contagiaba el entusiasmo y admiración que Clara Porset sentía por el país; ella integraba diseño y arquitectura en un contexto cultural de enorme tradición histórica.

A partir de estas experiencias, en los años sesenta, Clara juzga importante fundar una institución que pudiera preparar a los diseñadores. Hace su primer intento en su país de origen, Cuba, que tras el nacimiento de una revolución social atrae su entusiasmo, y precedida de una fama bien ganada colabora en el desarrollo de mobiliario para diversas instituciones académicas; por petición directa del legendario Ernesto Ché Guevara integra el primer programa académico de Diseño Industrial. El plan de estudios surge después de una visita a las universidades que en Europa y Oriente habían destacado hasta el momento; la propuesta presenta una estructura realmente innovadora. Clara fue nombrada directora e inició los primeros cursos; pero, desgraciadamente, las pugnas y tomas de posi-



Figura totonaca.

ción de la nueva clase en el poder acabaron por terminar las expectativas que tenía sobre el desarrollo de una escuela de alto nivel, y regresa a México en 1963.

En 1965, intenta una vez más fundar una escuela de Diseño Industrial y propone a las autoridades del Instituto Nacional de Bellas Artes un programa académico adecuado a la realidad imperante en ese momento, pero su propuesta no es aceptada. En 1969, por fin llega la posibilidad que esperaba para colaborar en una escuela de Diseño Industrial, al fundarse, gracias al empeño y la tenacidad de Horacio Durán, en la Escuela Nacional de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Clara propone la impartición de un seminario sobre diseño industrial, ya que para el primer programa académico Horacio Durán buscó un equilibrio entre conocimientos técnicos y experiencias culturales, y estructuró una línea de seminarios de la cultura con profesores sobresalientes que a los alumnos de las primeras generaciones nos dotaron no sólo de conocimientos sino, aún más importante, de una visión universal y humanística que nos hizo más conscientes de nuestro papel como futuros diseñadores.

Como los seminarios eran optativos y repetibles hasta por dos ocasiones, el grupo era pequeño y se tenía la oportunidad de cursarlos nuevamente para seguir participando en temas que sabíamos que el profesor no había concluido y continuaría en el futuro con nuevas experiencias, muchos de los alumnos de Clara optaban por repetir su seminario hasta donde era permitido, y en algunos casos se llegó al extremo de estudiantes que continuaron asistiendo a su curso a lo largo de la carrera, más allá de sus obligaciones académicas. El curso se llamaba, simplemente, Seminario de Diseño Industrial, y su contenido se presentaba dividido en grandes conceptos, que a lo largo de las semanas iban cambiando según el perfil del grupo o los acontecimientos culturales del momento, que sacudían emocionalmente a la profesora hasta hacerla llegar al salón y concentrarse en el debate durante toda la sesión.

La vehemencia de Clarita, como la llamábamos sus alumnos, se hacía presente con frecuencia, y sus convicciones ideológicas no se inhibían por ningún motivo; el testimonio de uno de sus primeros alumnos, Gabriel Simón, nos refleja claramente su forma de percibir las cosas:

A mí me llamaba "el chileno", pues tenía amigas chilenas (una de ellas, Cecilia, es ahora mi esposa), y me hacía el gracioso con ella, hablando como chileno ya que siempre admiró a Chile. Amiga del poeta Pablo Neruda, nuestra querida maestra nos relataba con extraordinaria sencillez anécdotas de su estancia en México; así como el viaje que ella hizo con Xavier Guerrero para que éste pintara los murales de Chillán con Siqueiros en el país andino. Días después del golpe militar, me encontré a Clarita en los pasillos de la escuela. Estaba verdaderamente furiosa. Con su típico acento cubano me dijo: "¿Qué tú haces aquí, chileno, deberías estar haciendo la revolución en tu patria!", con sus ojos claros clavados en los míos. Intenté contestar: "Pero, Clarita, yo soy mexicano". Me interrumpió sin dejarme terminar: "¡No hay pero que valga, chileno!, ¿o es que tienes miedo?"

Clarita era apacible y cariñosa, pero podía ser intempestiva y violenta, como el Caribe donde nació. Me costó mucho trabajo convencerla de que allá era menos que un cero a la izquierda, pues jamás había tomado ni una navaja para agredir a alguien y que acá podría ser útil a la causa.

Tiempo después, en un seminario del (IMCE) Instituto Mexicano de Comercio Exterior alguien del presidium reconoció a Clarita entre el público y pidió que se le otorgara un aplauso. Levantando las manos, mandó callar a la concurrencia, y con voz pausada y firme dijo: "¡Es increíble que estemos aquí tan campantes, cuando en Chile, en este minuto, miles de personas sufren la bota militar de Pinochet! ¡Por lo menos les pido que aplaudan a los patriotas chilenos que están defendiendo la democracia en el Cono Sur!"

El mobiliario fue el vehículo para mostrar su pasión y preocupación por la cultura y la identidad en el diseño de México, así como el motivo principal que llevó a clientes y amigos a reconocer en Clara Porset a la mejor diseñadora de muebles durante más de dos décadas.

La ovación fue cerrada y Clarita, dignamente, se sentó.

Antes de morir, en una de sus recaídas, la visité en el hospital. Atravesada por incontables sondas, Clarita alcanzó a reconocermé y me dijo: "Qué bueno que no te fuiste, chileno, allá te hubieran matado y hoy no te podría ver tan cerca." Los grandes personajes son así, tienen el pensamiento nítido que produce la palabra justa.

La parte medular de su curso era el análisis conceptual del diseño industrial, y para ello Clara acudía a los contados autores que para aquel entonces habían generado las pocas teorías que reflexionaban sobre la joven profesión. Pero tras esto se sumergía en lo que algunos de sus alumnos más agradecieron: iniciaba una intrincada relación entre diseño, cultura y sociedad, y con ello proyectaba al diseño, que algunos percibían como un mero oficio, hasta límites que reflejaban la gran riqueza y variedad que puede tener la profesión del diseño industrial y la importancia de ubicar esta labor en nuestro contexto. Por supuesto, Clara Porset utilizaba sus vastos conocimientos sobre la profesión y sometía a discusión el pensamiento de esos primeros críticos, que en algunos casos conocía de primera mano, dando como resultado un conocimiento inusual para un curso de este tipo. En parte, su curso era anecdótico, sí, ¡pero qué anécdotas! Clara no sólo había sido testigo sino protagonista de un tiempo pleno de hechos históricos que marcaron el avance del diseño industrial y de la cultura mexicana. Por igual, había compartido parte de su vida con pioneros del diseño internacional que con los artistas e intelectuales del México posrevolucionario; abordaba sus experiencias al lado de Josef Albers; hablaba del método que éste usó para lograr la composición deseada y aplicarla en una obra plástica o en un objeto utilitario; hablaba de su propio



desarrollo profesional o sus experiencias con sus amigos; esas fueron parte de las charlas que introducía en el curso cuando era necesario; asimismo, realmente, era tentador escucharla al referirse a sus grandes amigos, hoy catalogados como la vanguardia de esa intelectualidad del México posrevolucionario: ilustres pintores como Diego Rivera, Frida Kahlo, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Juan O'Gorman; hombres de teatro como Seki Sano; los fotógrafos Manuel y Lola Álvarez Bravo; Juan de la Cabada y, por supuesto, Xavier Guerrero, su esposo y fiel compañero hasta la muerte; ellos fueron parte de

un círculo de notables amigos, que incluyó, como ya se dijo, a los mejores arquitectos de aquel tiempo y a ilustres refugiados políticos como Nicolás Guillén, Juan Marinello o Pablo Neruda.

Un tema central era el diseño industrial visto a través de los muebles, ya que el mobiliario fue el vehículo para mostrar su pasión y preocupación por la cultura y la identidad en el diseño de México, así como el motivo principal que llevó a clientes y amigos a reconocer en Clara Porset a la mejor diseñadora de muebles durante más de dos décadas. La colaboración de Clara en la carrera de diseño industrial se extendió a una labor de asesoría, pues Horacio Durán, Ernesto Velasco, Antonio Ortiz y Fernando López Carmona, coordinadores de la institución en su tiempo, siempre acudieron a su consejo con simpatía y respeto. Sus alumnos aún recuerdan las visitas que Clara organizaba como complemento a su curso; podían terminar en lugares sin aparente conexión con el diseño industrial, pero dejaban una lección a veces difícil de olvidar, ya que igual que conoció una gran cantidad de países en sus viajes de estudio, también llegó a conocer prácticamente todo México, y a relacionarse estrechamente con comunidades étnicas y de artesanos en compañía de su esposo Xavier, pues fre-



Asiento premiado en la Trienal de Milán, 1957.



Butaque.



Butaque evolucionado.

cuentemente acudió a ellos para utilizar su gran habilidad en oficios artesanales para aplicarlos en sus diseños de mobiliario. El oficio de los tejedores y el trabajo de los ebanistas siempre estuvieron presentes en sus proyectos.

La entrega de Clara Porset a su trabajo docente fue total; siempre con el mismo entusiasmo; nunca dejó de impartir su curso, y sólo cuando el cuerpo ya no le respondió dejó de asistir a la Facultad, pero sus alumnos acudían a su casa en Chimalistac, San Ángel, conformes y dispuestos a compartir el tiempo que Clara quisiera para dialogar con ella o, simplemente, escucharla hasta que su ánimo lo permitiera. Sólo cuando ingresó al hospital, imposibilitada para hablar o moverse, Diseño Industrial perdió la presencia de esta notable mujer. Clara falleció en mayo de 1981, pero antes tuvo el generoso gesto de dejar un legado difícil de borrar: con la venta de su bien máspreciado, la casa de Chimalistac, se fundó un fideicomiso que lleva su nombre, y con los recursos económicos que posteriormente llegaron, gracias a la aportación de Nacional Financiera, se logró su voluntad de integrar un programa de becas para estudios de posgrado en el extranjero para las alumnas graduadas de diseño industrial de la UNAM más destacadas; después se decidió la fundación del Premio Clara Porset para estudiantes de esta profesión en todo el país, actualmente en su décima edición. Donó su invaluable biblioteca y el archivo de proyectos profesionales para consulta e investigación; la institución, en reciprocidad, dio su nombre a la biblioteca de diseño industrial, hoy seguramente la más completa en México, con un número mayor a siete mil libros y cerca de cien suscripciones a revistas de diversas partes del mundo, todos ellos especializados en diseño industrial y temas afines.

Clara Porset: notable mujer que al tomar en sus manos la profesión del diseño supo llevarlo a límites poco vistos en México; excepcional profesora que supo dejar una huella difícil de borrar entre los universitarios que tuvimos el privilegio de compartir con ella las experiencias que deja una vida plena de proyectos hechos realidad y un bagaje cultural que extrañan alumnos y profesores. ☺